

INSTRUCCION

SOBRE

LA PALABRA AMEN

CON QUE ACABA LA COLLECTA.

APOCALIPSI DE SAN JUAN, cap. 5. v. 14.

Los quatro animales decian AMEN.

ESTA palabra *Amen* es la conclusion del cántico que oyó el Discípulo amado en el cielo, al pie del trono del Eterno y del Altar del Cordero. Con esta palabra acaban todas las bendiciones, las oraciones y adoraciones que dan al que era y que es, y que ha de venir, los veinte y quatro Ancianos que rodean el Trono, los quatro animales que se postran delante del Cordero, los millares de Angeles que le adoran, y la muchedumbre in-

sobre la palabra *Amen.* 267

numerable de hombres de todas las naciones, de todas las Tribus, que forman la corte del Rey de la gloria. ¿Extrañaremos, segun esto, que la Iglesia ocupada siempre en tributar á Dios sus cultos, acostumbre á sus hijos á repetir este *Amen*, este dulce *Amen*, que significará en el cielo la plenitud de gloria de que goza nuestro Dios, la plenitud de alegría que gozarán sus escogidos, y la plenitud de reconocimiento que penetrará nuestros corazones? Por tanto me ha parecido conveniente dedicar una Instruccion entera para hablaros de este *Amen* que decimos en la tierra, que solo es la sombra del de la eternidad; el qual si le cantasemos con fé viva, con un deseo ardiente, y una voluntad recta y sincera, obraria ya en nosotros las primicias de esa paz que nos anuncia esta palabra para el siglo de los siglos. Abrid, Cristianos, vuestros corazones, y escuchad lo que voy á deciros sobre esta palabra misteriosa.

Amen es una palabra hebrea que significa segun las circunstancias á que se aplica, ó el estado de tranquilidad y aquiescencia en que queda, el espíritu luego que conoce una verdad, ó el

acto de consentir en una ley de qualquier naturaleza que sea, ó el deseo de ver el cumplimiento de las promesas. Hay circunstancias en la Escritura en que tiene solo una de estas diferentes significaciones, y otras en que las reune todas. Quando Moyses anuncia á Israel las bendiciones ó los anatemas que Dios ha pronunciado, segun las diversas disposiciones que muestra de reconocimiento y de ingratitud, el *Amen* que responde el Pueblo á cada una de las maldiciones del libro de la ley es una confesion de todas las verdades que contiene, la aceptacion de todos los anatemas, y la sumision á todos los preceptos. Esta palabra que se usa con frecuencia al fin de las oraciones de la Iglesia, debe tener la misma significacion: pero la oracion que la precede es la que debe determinar su sentido. Algunas veces pide la Iglesia la práctica de una virtud, y entónces el *Amen* es una promesa que hacen los Cristianos de conformar á ella su conducta, y sus costumbres: otras piden el perdon de sus pecados, y la santificacion de sus almas, y entónces el *Amen* es un deseo del cumplimiento de esta oracion:

en fin, muchas en un acto de fé, y por esta cause se acaban siempre con *Amen* las diferentes fórmulas establecidas para confesar esta misma fé. ¡Ah como temo que esta palabra que tantas veces está en nuestra boca, no llegue á nuestro corazon! ¡Cómo temo que ella sea un dia contra nosotros el testigo que deponga de la debilidad de nuestra fé, de la frialdad de nuestras oraciones, y de la injusticia de nuestras obras! ¡Cómo temo que oigamos salir de la boca de nuestro Juez estas terribles palabras: *mal siervo, te condeno por tu propio testimonio!* Prevengamos pues esta desgracia, meditando seriamente el sentido que lleva esta palabra, y observando con fidelidad las obligaciones que nos prescribe.

Meditemos, digo, los tres diferentes sentidos que contiene, á saber, la tranquilidad y aquiescencia del espíritu en una verdad conocida, y en este sentido la palabra *Amen* quiere decir, es verdad, lo creo, lo profeso; pero esta profesion debe ser de una fé simple que no ratiocina, de una fé firme que no duda, de una fé humilde que no profundiza, de una fé luminosa que no

abandona ni desprecia la instruccion de las verdades, y de una fé viva, que no desmiente estas verdades mismas con malas obras. *Amen*: yo creo quanto la Iglesia cree y enseña, así las verdades especulativas, como las prácticas, así las que resisten á mi razon, como las que ella adopta, así las verdades consoladoras, como las terribles, así las obscuras como aquellas de que me ha sido dada la inteligencia: en fin, así las que miran al tiempo presente, como las que serán manifiestas en la eternidad. *Amen*: yo creo sobre la palabra de Dios, que no puede ni quiere engañarme, sobre el testimonio de su Iglesia, asistida siempre de su espíritu; sobre la enseñanza de los pastores que unidos con la cabeza visible que es el Papa, me representan la cabeza invisible que es Jesu-Cristo en quien se halla solamente el camino, la verdad y la vida. *Amen*: yo creo á pesar del grito de la naturaleza corrompida, y de los clamores de la heregía, del cisma, de la incredulidad y del libertinage, y detesto de mi corazon los sofismas especiosos de una filosofia anticristiana, cuya moral no puede jamas conformarse con los dogmas de la fé,

Amen: yo creo no solo con la fé del espíritu que consiente en las verdades conocidas, sino tambien con la fé del corazon que las anima, y con la fé exterior y sensible que las practica; porque este *Amen*, que es el testimonio de mi creencia, es asimismo un consentimiento en todos los preceptos que Dios me intima por medio de su Iglesia. Es decir, yo prometo solemnemente conformarme con la voluntad de Dios, á medida que me sea conocida: á la voluntad de su sabiduría, sujetándome á las reglas que me prescribe, á las obligaciones que me impone, y á los sucesos que tiene previstos y dispuestos desde la eternidad: á las miras de su Providencia, someténdome á todos los trabajos y miserias que me envia para probar mi fé: á los decretos de su justicia, aceptando los castigos que descarga su poderoso brazo. Este *Amen* es muchas veces para los pecadores un acto consentimiento en las penitencias saludables que le impone el Ministro de la reconciliacion, el qual supone la perfecta detestacion de sus culpas; y para los justos es una aceptacion de los trabajos espirituales, de las per-

plexidades que padecen, y de esa especie de abandono momentaneo de que se sirve Dios para probar su fidelidad.

Un Cristiano que hace esta oracion de todo corazon, nada teme, por nada se molesta, porque Dios nada hace que no la pida, ni le impone leyes á que no se someta, ni le afliga con ninguna tribulacion que no acepte, ni le presenta ninguna virtud que no quiera practicar. Si, todos los actos de las virtudes cristianas estan contenidos en esta corta expresion: los de la fé, porque ella es un acto de sumision á las verdades reveladas: los de la esperanza, porque por ella se piden y esperan todos los bienes prometidos: los de la caridad, porque esta palabra encierra la voluntad de agradar á Dios: los de la humildad, porque en esta confesion se designa el acto de renunciar la voluntad propia, que es el mas meritório de esta virtud: los del amor del próximo, porque este grito uniforme que es el de todos los Cristianos, les recuerda los sentimientos de union y de paz, y aquel que dice sinceramente *Amen*, ya no tiene apego á sus intereses propios, y por consecuencia ale-

ja la ocasion de discusiones y querellas.

¡Ah! la Iglesia de la tierra seria una figura muy sensible de la del cielo, si cantando los mismos cánticos cantásemos con el mismo espíritu. Los Angeles y los Santos, cada una en el órden que le ha sido prescripto por la Sabiduría Eterna, cantan este perpetuo *Amen*: jamas disputan entre sí sobre sus clases y preeminencias: jamas se resiente su corazon de la envidia, ni se altera su paz porque sean coherederos del mismo reyno: jamas este *Amen* se desmiente en su corazon por la frialdad ó indiferencia respecto á Dios, ni por ódio y rencor respecto al próximo, ni por las satisfacciones interiores con que se lisongea el amor propio; pero nosotros por el contrario estamos en una perpetua contradiccion. Pedimos la gloria de Dios, y solo queremos nuestra propia gloria; pedimos que nos perdone nuestras culpas, y no solo no perdonamos al enemigo, sino que le perseguimos de muerte: decimos *Amen* á todo lo que la Iglesia pide y promete en nuestro nombre, y seguimos constantemente nuestra voluntad desordenada, y nuestros violentos deseos.

En efecto, ¿qué cosa es el *Amen* del hipócrita? Es un homenaje aparente, un acto donde confiesa lo contrario que cree, donde adopta lo que reprobaba su corazón, y donde promete lo que no piensa cumplir.

¿Qué es el *Amen* del Avaro? Una petición de los bienes del cielo, quando su corazón no quisiera cambiarlos por los bienes de la tierra; una promesa de abnegacion que esta resistiendo su soberbia.

¿Qué es el *Amen* del ambicioso? Un homenaje que hace á la humildad de Jesu-Cristo, quando por otra parte se contradicen sus máximas, y quando todo lo sacrifica al ídolo de una grandeza despreciable.

¿Qué es el *Amen* del vengativo sino una ironía la mas escandalosa? Entre tanto que busca todos los medios posibles para vengarse; entre tanto que publica los defectos de sus enemigos, y que los acrimina; entre tanto que vomitando la ira por sus ojos, quisiera destruirle con una simple mirada, exclama y grita á los cielos, pidiendo el perdón de sus pecados. ¿Qué contradicción tan monstruosa de sentimientos!

¿En dónde está la religion del vengativo? Cristianos, llorad un vicio tan detestable, si por desgracia os domina.

Este detalle es mas que suficiente para probaros que si esta palabra está llena de sentidos para un Cristiano que la medita, tambien lleva en sí una condenacion eterna para el que se atreve á desmentirla con sus obras.

En fin consideremos el *Amen* como un deseo de todos los bienes que Dios nos ha prometido. El Profeta Rey, describiendo en uno de sus Psalmos las grandezas de Jesu-Cristo, el establecimiento de su Iglesia, y la duracion de su reyno, acaba su pintura con estas palabras: *Hágase, hágase*, expresion que corresponde perfectamente al *Amen* de que tratamos. En efecto, diciendo *Amen* á todo lo que la Iglesia nos promete, y á lo que pide por nosotros, formamos con ella los deseos mas ardientes de que sean oídas sus oraciones. Si dixesemos siempre este *Amen* con una viva confianza, seriamos acreedores el testimonio que da el Espíritu Santo al Profeta Daniel, quando le llama varon de deseos; pero para que

un sentimiento semejante acompañe esta oracion, y para que un Cristiano pueda decir con verdad, *así sea*, es preciso que su corazon esté libre de todo afecto terreno, y lleno del amor de los bienes celestiales; es preciso quando pronuncia estas palabras que su conversacion sea propiamente de los cielos, y que su corazon inseparable del tesoro que le está preparado, huya de los atractivos del mundo, los quales agravan el espíritu; es preciso que la oracion sea su ejercicio continuo, porque ella puede elevarnos hasta el trono del Eterno; es preciso que la lectura y la meditacion de las verdades de la salvacion eterna sean su alimento diario, para que fortalecido con él pueda caminar á la mansion de la gloria: en fin es preciso que el *Amen* esté siempre en sus labios, presente siempre á su espíritu, y grabado siempre en su corazon. ¡Qué raros son los Cristianos, á quienes una viva y ardiente fe hace de antemano los habitantes del cielo, y que segun la expresion de un Padre de la Iglesia, tocan con los pies en la tierra, quan-

do su cabeza llega y á la mansion de la eternidad.

Sí, hermanos míos, yo me represento el *Amen*, que la Iglesia nos hace cantar tantas veces como el grito de la victoria, y la señal que caracteriza á sus hijos: este *Amen* grabado en el corazon, ¿no es en alguna manera la marca por la qual reconocerá Dios los que son suyos?

Pero, Señor, ¿qué puede ser el *Amen* de este valle de lágrimas en comparacion del de la eternidad! ¿Es acaso este un cántico de alegría? ¿Podremos cantar á la orilla de los rios de Babilonia, ausentas de nuestra patria los cánticos del Señor? No, Dios mio, á imitacion de vuestro pueblo, dexaremos nuestros instrumentos, hasta que podamos servirnos de ellos en vuestro reyno. El *Amen* que decimos en la tierra, solo expresa nuestra esperanza y nuestros deseos. ¡Ah, qué diferente del que se canta en la eternidad! Pero Señor, nada puede poner término á nuestros deseos y á nuestras esperanzas. Gozar sin temor, poseer sin fin, decir sin cesar, bendicion, he-

nor, gloria y poder en los siglos de los siglos al que está sentado sobre el trono, y al Cordero que es inmolado sobre el Altar, este es nuestro objeto, siempre que decimos *Amen* en la tierra, y lo será quando lleguemos á decir en la eternidad, *Amen, Amen, Amen.*

INSTRUCCION

SOBRE

LA EPISTOLA.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A TIMOTHEO, cap. 4. v. 13. y 15.

Ocúpate en leer, medita estas cosas; ocúpate en ellas, a fin que tu aprovechamiento sea manifiesto á todos.

ESTE es un consejo particular que da el Apóstol á su discípulo Timoteo, y la obligacion que le impone no solo es la de todos los Ministros que Dios tiene destinados para la instruccion de los pueblos, sino tambien la de los fieles en general, porque las Santas Escrituras son el camino por donde nos transmite Dios la verdad. La palabra

santa no es menos respetable quando se nos presenta en los libros, que quando hiere nuestros oidos: este género de instruccion ménos útil á lo que parece á primera vista que la que nos dan los Ministros sagrados, tiene no obstante sus ventajas particulares que estan contenidas en el texto que acabo de citar. La verdad se nos presenta en las cátedras cristianas de una manera tan sucinta y rápida, que inmediatamente se borra de nuestro corazon, y se debilita la impresion que nos hace; pero en las Santas Escrituras se nos ofrece de un modo mucho mas sólido y durable. Esto es lo que el Apóstol nos dice de la lectura en general, que yo aplico á la *Epistola* como una parte de la Misa.

Pasamos pues á la segunda parte de la Liturgia, que llamaré la parte de instruccion; porque el fin que la Iglesia se propone es el de ilustrar y fortalecer nuestra fé en todos los objetos que dicen relacion á ella; y así la *Epistola* fixará hoy nuestra atencion, y nos dará materia abundante para haceros algunas reflexiones que hasta aquí habeis omitido inadvertidamente.

La costumbre de leer en las juntas de los fieles los libros de la religion, tiene tal enlace con la religion misma, qualquiera que sea, que todas las sectas la observan con el cuidado mas escrupuloso; y este es uno de los mas poderosos medios para perpetuar los dogmas recibidos, bien sea que esten fundados sobre la verdad, ó que no tengan otro apoyo que el error. Los enemigos de nuestra fe observan quizá con mas religiosidad este uso que nosotros mismos. Los insensatos discípulos de Mahoma leen, meditan, aprenden y observan las ridículas ceremonias del Alcoran con mas atencion, fidelidad y respeto que mostramos por los Evangelios, y los escritos de los Santos Apóstoles. Los Judíos congregados en las Sinagogas, en el dia del sábado empezaban siempre los exercicios que se acostumbraban en estas asambleas con la lectura de algun pasage de los libros sagrados, y podemos decir con vergüenza del mayor número de Cristianos, que entre ellos hasta los ménos instruidos sabian mejor los dogmas, las ceremonias, y los preceptos establecidos por Moy-

ses, que nosotros en lo general sabemos la sublime doctrina de Jesu-Cristo. Esta práctica, léjos de abolirse con la destruccion de la religion Judaica, fué en alguna manera la única que retuvo la Iglesia de todo este culto exterior y sensible; y Tertuliano la pondera como una de las mas antiguas y preciosas que se conservaban. Esta lectura se hacia al principio de los ejercicios religiosos, y desde entónces se considera como la preparacion mas santa y útil para el tremendo Sacrificio.

Esta lectura se llama *Epístola*, que quiere decir carta, porque casi siempre se sacaba de las que dirigian los Apóstoles á los fieles especialmente encargados en el ministerio Apostólico, y á otros que por sus singulares virtudes merecian su alta consideracion. Nosotros debemos mirarla tambien como una carta ó instruccion pastoral de nuestros primeros Obispos, y como consejos paternales de aquellos que Dios ha establecido para que sean las columnas de la verdad y las luces de los siglos.

La *Epístola* en los primeros tiempos

se llamaba por antonomasia *Epístola* del Apóstol, y baxo este nombre estaban designadas las de San Pablo, porque siendo ellas en mayor número, y mas extensas, mas sabias y circunstanciadas que las de los otros Apóstoles, eran, y son de un uso mucho mas frecuente. La Iglesia no dexaba por esto de leer á los fieles los libros del Antiguo Testamento, porque como ellos son el camino conocido para entender el nuevo, los primeros Pontífices cuidaban mucho de traer á la memoria de los Cristianos las figuras, para que conociesen mejor el valor de la realidad; principalmente en las solemnidades que tienen por objeto los grandes misterios, á fin de fixar su atencion sobre las profecias que habian anunciado estas maravillas. ¡Qué consuelo el de aquellos primeros fieles que tocaban tan de cerca el cumplimiento de estos misterios, al ver que todo quanto se obraba á su vista habia sido predicho de antemano de la manera mas clara y mas precisa! He aquí porque el Apóstol les advierte que todo ha sido escrito para su enseñanza.

Esta lectura se variaba segun lo

exigian las circunstancias: en los primeros siglos en lugar de la Santa Escritura se leian muchas veces las acciones, los combates y la muerte de los mártires; y se recogian con particular cuidado las últimas palabras que hablaban en sus suplicios para instruir al pueblo y reanimar su valor: otras se leian las cartas que estos mismos Mártires dirigian á los fieles, y por todos estos medios procuraba la Iglesia añadir á la fuerza de la verdad el poderoso motivo del exemplo.

Como en estos primeros tiempos era necesario ilustrar los misterios de la fe, permitia tambien á los Cristianos que propusiesen sus dudas sobre aquellos puntos que habian fixado particularmente su atencion, y los Pastores con respuestas sabias y luminosas inculcaban á los pueblos las verdades que habian oido en sus lecciones particulares. Estos, hermanos míos, son los usos de los primeros tiempos en quanto á esta materia, usos respetables por el fin á que se dirigian, y que merecen toda nuestra veneracion, aunque despues hayan tenido alguna variedad. Hoy que se halla establecida la fe, que

se han ilustrado de tantas maneras, y por tantas plumas sus eternas verdades, y que las persecuciones han desaparecido de la faz del cristianismo, ha dispuesto la Iglesia con gran sabiduría, que en la celebracion de nuestros misterios no se lean otros libros que los canónicos, esto es, aquellos que reconoce por inspirados, porque es muy justo que en el momento del Sacrificio, en que se va á ofrecer á Jesu-Cristo, calle el hombre para que hable el espíritu de su Dios. Esta lectura es siempre relativa á los tiempos, á los misterios y á las necesidades del pueblo. ¡Qué sabios serian los Cristianos si siguiesen constantemente el espíritu de esta tierna Madre en todas las instrucciones que les presenta! Siempre que se junta el pueblo para celebrar el día del Señor, se inculca la Iglesia sobre los principios mas sólidos de la moral cristiana, reprehende sus desórdenes, y le excita con invitaciones las mas tiernas y amorosas á la práctica de las virtudes cristianas. Cada misterio tiene su instruccion particular, y en los dias consagrados para celebrar la memoria de los Santos, la *Epístola* nos recuerda sus

exemplos, nos anima á sostener los mismos combates, y nos convida á participar de sus triunfos. Por espacio de muchos siglos se hacia esta lectura por uno de sus Ministros que tenia este cargo particular, llamado Lector, el qual órden subsiste en el dia entre los quatro menores; pero para que ella fuese mas respetable á los fieles, y para llamar su atencion á un punto tan interesante, dispuso despues la Iglesia que se hiciese al tiempo de la celebracion de los santos misterios, que se pusiese sobre el mismo Altar el libro que contiene estas verdades, para que lo tomase el Ministro en alguna manera del depósito sagrado; y á fin de hacerlo mas digno de esta funcion augusta, ha elevado á un órden sagrado el de estos Ministros, y los ha sujetado á un votó solemne de castidad, para que de esta suerte estén libres de los empeños y atractivos del siglo.

Estas diferentes observaciones nos conducen naturalmente á exâminar la disposicion exterior que exige esta lectura. El Ministro la hace de pie con las manos juntas en un lugar elevado, quando la situacion de las Iglesias lo

permite, ó á lo ménos donde tenga la proporecion debida para ser oido desde todas partes. Los concilios generales y particulares han prohibido expresamente á los fieles otra qualquiera lectura en este tiempo, á fin de que no se distraigan de la aplicacion, y la atencion que deben prestar á los libros sagrados que contienen todos los misterios, las verdades de la religion y las reglas de su moral. Sin embargo la Iglesia permite á las mugeres, y en general á todas las personas que no saben la lengua latina, que lean la misma *Epistola* en una buena traduccion autorizada por el Obispo, para que de esta suerte se verifique el fin que se propone, que es el de la instruccion. El uso de sentarse en este tiempo recibido generalmente sirve para darnos á entender la atencion y la meditacion que se exige de los fieles, segun estas palabras del Sabio: *el Solitario se sentará y guardará silencio.*

Pero los fieles no deben contentarse en los dias festivos con oir en el templo una parte de nuestros libros sagrados, sino que deben anticipar esta lectura en sus casas, para que llenos de

las verdades que encierra, puedan penetrarse mas de ellas siguiendo al Ministro, y sacar el fruto que corresponde. Es muy loable el zelo y la piedad de los padres que se imponen la obligacion de juntar sus familias, y leerlas estos pasages de los libros sagrados y las vidas de los Santos, haciendo que las tomen si puede ser de memoria para que así conserven durante su vida unas instrucciones tan saludables, que tanto influyen para sus costumbres, y para transmitir á toda una posteridad los buenos exemplos. La experiencia nos manifiesta los buenos efectos que produce esta práctica. Por de contado sirven estas instrucciones privadas para entender mejor las verdades profundas que insinuamos desde la cátedra del Espíritu Santo. El gusto para la piedad se desenvuelve á proporcion de las luces, y las buenas obras son mas satisfactorias, quando el ánimo está mas dispuesto para practicarlas. Por lo mismo es indispensable no perdonar un instante de tiempo hasta que se llegue á conseguir este uso precioso; y entonces si el Cristiano tiene la desgracia de deslizarse en algun pecado, tam-

bien tendrá medios y recursos poderosos para volver á los senderos de la justicia.

No me parece necesario insistir sobre el respeto con que debe oirse, y hacerse esta lectura, porque el lugar, el tiempo y la materia, son todas circunstancias que deben inspirar al Cristiano un temor saludable, y la veneracion mas profunda. La Iglesia ha dispuesto que se lea la *Epístola* despues de la Collecta para que recogido nuestro espíritu abra con mas facilidad el oido á las verdades eternas. En efecto despues de haber hablado á Dios en diferentes oraciones, y sobre todo en la que hace el Sacerdote en nombre de todo el Pueblo, levantando las manos al cielo, es quando el Ser Supremo se digna baxar hasta nosotros para hablarnos, y darnos los consejos mas saludables y adequados á nuestras necesidades. Escuchémosle con aquel interes que exige el conocimiento de nuestro estado; con un santo deseo de saciar el hombre espiritual; con aquel viyo dolor que conviene á un Cristiano que ve y penetra las llagas de su alma; con esa humilde desconfianza de

nosotros mismos que no espera ni de nuestras luces ni de nuestras resoluciones la mudanza, y la reforma de nuestras costumbres; con ese espíritu de oracion que solicita el don de inteligencia para comprehender las verdades, y la fidelidad para practicarlas; y finalmente con la docilidad que corresponde para cumplir todo quanto Dios manda.

Considerad la terrible amenaza que nos hace Jesu-Cristo, quando nos anuncia que su palabra debe juzgarnos. En efecto ella nos juzgará si ántes no corregimos nuestros defectos, porque no volverá vacía. Quando vemos que el Ministro sube al Altar para dexar el libro donde nos ha leído las verdades eternas, entremos dentro de nuestro corazon, para indagar la mudanza, y el fruto que han producido: veamos qual es la resolucion que nos ha hecho formar esta lectura, qual es la enfermedad que ha descubierto, qual es el remedio que ha indicado. ¿No depondrá por ventura contra nuestro endurecimiento, contra nuestra insensibilidad? ¿Este libro no estará abierto en el dia

de las justicias para hacernos un cargo de la verdad conocida y despreciada?

Dios mio, alejad de nosotros esta desgracia: hablad á nuestro corazon, miéntras que la voz del Ministro hiere nuestros oidos. Dadnos la inteligencia, el amor y la práctica que nos habeis dictado, á fin de que vuestra palabra sea verdaderamente para nosotros una palabra de instruccion en el tiempo, y un testimonio de justificacion en el dia de vuestra ira. Así sea.